

**9º CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS HIPERBREVES
UNIVERSIDAD POPULAR DE TALARRUBIAS
(BADAJOZ. ESPAÑA)**

SELECCIÓN DE OBRAS

AVISTAMIENTO SUBMARINO

Por: Meteoro

El parsimonioso rumor de los pistones ya no penetra en los vacantes camarotes. En la inundada sala de máquinas —clausurado campanario marino—, las horas pasan en circunferencia inmóvil, aisladas por la transparencia del mar indiferente. Sobre la cubierta helada —apoyado en la oxidada barandilla—, el capitán contempla el puerto, abarrotado por la inaudible multitud, despidiendo —entusiasmada— al barco inhundible llamado Titanic.

**Gustavo de la Rosa Muruato
(Zacatecas. México)**

LA LUCHA DE DOS LECTORES

“Provi Miras Flores”

Cuando se hacía de noche en la Librería Universal, Ana Frank se dirigía a los estantes en los que estaban colocados los libros de ensayo, extraía uno de los dos ejemplares de “Mi lucha”, de Adolf Hitler, y reanudaba su lectura. Adolf Hitler jamás se movía de su sitio. A él sólo le interesaba un libro: el mismo que leía Ana Frank.

**Salvador Robles Miras
(Bilbao. España)**

Bendita ignorancia

Ya en el camerino Drácula llora desconsolado mientras dirige su mirada al espejo. No entiende por qué no se refleja. Así no hay forma de saber si lleva con elegancia su pelo engominado, si se maquilla bien la tez blanquecina o si los colmillos están lo suficientemente afilados, ¡a saber la imagen que dará en pantalla! Envidia la visibilidad del Hombre Lobo, quien se mira sin descanso en el espejo. No obstante, éste maldice entre angustiosos aullidos su desagradable hipertricosis y envidia a Frankenstein, quien se planta ante el espejo mientras se pregunta por el ser que lo observa fijamente.

Iñaki Goitia Lucas
(Oñati. Guipúzcoa. España)

Musa

“El maestro se le acercó con un enigmático bloque de arcilla. Quedó con la mirada fija en aquel material sin sentido. Observaron sus ojos y se aromató de aquella naturaleza. Creyó oír animarle a que le diera alma, a no ser condenada para siempre como esencia sin espíritu. Gustó de su sinsabor y al fin fue tentado. Gimió de gozo y sus manos y aquella sustancia fueron uno en el anhelado encuentro con lo desconocido. Sentía miedo, tanto de no descubrirlo como de llegar a captarlo con vehemencia. Le parecía violar su sosiego a golpe de gubia pero se despojó cual íntegra desnudez de perímetros imprecisos. Tiernas caricias, roces de insinuación, perfiles, curvas, aristas... Tras horas de entrega se tomó la nuca, sentía la opresión del trabajo bien hecho. Dio quietud a sus manos y se alejó un poco para encontrar perspectivas. Y allí estaba ella,... aferrándose a la vida.”

Carmen Velasco Domenech
(Mairena de Aljarafe. Sevilla. España)

Calco

Caminó hasta la orilla, pisó con sus sandalias la resaca y la baba que desprendía el río inmenso. Entonces clavó la vista en el horizonte y vio en la otra orilla un hombre. Lo pensó de su misma edad, ambos deberían tener más o menos las mismas costumbres, los mismos valores y los mismos gustos. Seguramente ninguno de los dos jamás intentó cruzar el río pues estaba prohibido. Ninguno sabía el porqué de tal prohibición, pero era una ley y nadie la cuestionaba. El río era fin y frontera.

Tomó una piedra e hizo resbalarla tres veces sobre el agua antes de hundirse. Observó de vuelta la otra orilla y quedó asombrado. Aquel hombre se subía a una barca precaria y enfilaba derecho hacía la frontera imaginaria. La noche estaba al caer y la luna asomaba anaranjada como un suave amanecer. La silueta de la barca desafiaba la prohibición. La brisa del río le puso la piel de gallina a medida que la barca cruzaba la frontera. Al compás del viento la barca llegó y se detuvo a pocos metros. Él quedó estupefacto. Un hombre bajó, pisó el agua y arrastró la barca con una cuerda hasta la orilla. El hombre se dirigió a él; No se asuste, yo soy de acá. Fui al otro lado sólo por curiosidad, la frontera de este río es como un papel de tinta doblado al medio. Nadie me vio, parecía un pueblo de ciegos, nadie me habló, parecía un pueblo de sordos.

Él no contestó ni una palabra. El hombre muy tranquilo ató la barca a un árbol y se fue caminando. Sin dudas el otro lado era un reflejo perfecto de éste.

Enrique Borst
(Acassuso, Buenos Aires. Argentina)

El paquete

-Vuelvo al hotel tarde por la noche. Entro con el menor ruido posible, creyendo que ya todos estarán durmiendo. El conserje, sin embargo, está de pie en el centro del patio, con un paquete entre las manos. Lo noto muy serio, quizá apenado. Hace una seña para que me acerque. Cuando llego a su lado, me dice: "Mire Gutiérrez, no lo tome a mal, pero nos están faltando habitaciones. Está creciendo la demanda, a dios gracias. Y la verdad es que usted....."

No completa la frase pero sacude la cabeza de una rara manera.

Entonces me deja lo que traía en sus manos y se retira. Yo entro a mi habitación desconcertado. Dejo el paquete sobre la mesa. No pesa mucho, y está envuelto en papel de regalo. Me doy un baño, luego ceno.

De madrugada, sigo despierto sin animarme a abrirlo.

Fabián Eduardo García
(La Matanza. Buenos Aires. Argentina)

CENA

La abuela decidió comerse al lobo. Junto con Caperucita, le quitó la piel y lo cocinó al fuego de la chimenea.

La carne era dura. Sabía bastante mal. Aunque no tanto como el cazador.

Gonzalo Tomás Salesky Lascano
(Córdoba. Argentina)

Vacío.

Épica de toda una vida, y sentimiento de un odio cumplido que no llena la panza de su cerebro. Una vez cazado, deglutido y expulsado el odioso corre caminos, se sentó el coyote a mirar al horizonte y a su futuro vacío.

José Joaquín Sánchez García
(Don Benito. Badajoz. España)

El rey, la reina y las cabezas.

—Todas las cabezas son mías –gritó el rey, al tiempo que el verdugo pateaba el bulto sanguinolento.

No todas, pensó la reina, mientras acariciaba entre las piernas al paje parado junto a ella.

Jorge Godofredo Silverio Tejera
(Cabaiguán, Sancti Spíritus. Cuba)

EL OTRO RELOJ

Puse el reloj en marcha. Sus agujas comenzaron a girar al revés, arrastrándome como un maremoto.

Me acerqué a la foto de mi madre que reposaba sobre la mesa de escritorio. La mire con perplejidad. Parecía cada vez más joven. Su pelo iba recuperando el color original, de un tono que ya no recordábamos ni ella ni yo.

Debí poner una cara extraña pues enseguida se acercó a mí con curiosidad, pero su vista se quedó clavada en el reloj. Seguía marchando al revés.

Apareció mi padre con su gorra de capataz y su bicicleta azul de hierro, para decirme que era la hora de ir a la escuela; mi padre tenía bigote, yo pantalón corto.

Las palomas volaban alrededor de la casa, mientras mamá hacía leche frita en la cocina.

Llegó la tarde de Reyes. En la estación, sobre el carro de madera que servía para llevar las maletas al furgón estaba la caja verde. Dentro la armónica portuguesa.

El reloj se había parado.

Mi madre tiene noventa años. Mi padre se ha marchado hace ya doce....

Entre mis manos la armónica vuelve a sonar.

JOSE MARIA GARRIDO DE LA CRUZ
(Madrid. España)

Animal

El hombre la rodea, sigiloso. La araña continúa descendiendo por su tela. El hombre admira sus formas. La araña toma contacto con la tela. El hombre se inclina, abre sus manos. De un golpe violento corre la cortina, se arroja, cierra sus ojos y abre sus labios para besar el cuello de la mujer. La araña pica al sentir el contacto.

Juan Pablo Goñi Capurro
(Buenos Aires. República Argentina)

Adverbios

Cada vez que envío alguno de mis relatos a un concurso, el jurado, tras arduo examen, coincide en lo mismo. Le sobran adverbios, demasiados adverbios.

Honestamente, creo que se equivocan.

Marcos Pereda Herrera
(Torrelavega. Cantabria. España)

El olvido

Todo estaba en la pequeña libreta que llevaba en el bolsillo de su pantalón cuando lo eché a lavar. Garabatos sin sentido, líneas entrecruzadas aleatoriamente, y entre todo ese galimatías, nombres. Estaban los de sus padres, sus hermanos, mi madre, en paz descansa la pobre ¡Estaba incluso la tía Juanita! La de Palencia, años llevaba sin saber de ella. Con la libreta en la mano corrí esperanzada hacía el salón donde acababa de dejarle sentado. ¡Papá! Grité cuando llegué. Pero en aquellos ojos dubitativos y extrañados que me escudriñaban no encontré más que el desconsuelo habitual.

Oscar Fernández Baquero

El rey, los gatos y los perros

—Amo el suave lenguaje de los gatos en la noche—dijo el rey a sus cortesanos.

Al día siguiente todos los perros del reino maullaban alegremente.

Jorge Godofredo Silverio Tejera

(Cabaiguán, Sancti Spíritus. Cuba)